



Sobre la publicación de pobreza

Más allá de la cifra: lo que el índice no alcanza a mostrar

La publicación de las estimaciones de pobreza al segundo semestre de 2025 ha suscitado una amplia repercusión en la sociedad, en un contexto de creciente desprestigio del organismo tras la intromisión de Milei en el IPC que derivó en la salida del anterior director. El presidente de la nación lleva meses festejando como un gran logro de su gestión la anunciada caída de este indicador. Por su parte, distintos sectores de la oposición -con amplia resonancia en la opinión pública- han puesto en duda la validez de la cifra.

Como trabajadores del organismo que producen estas estimaciones, consideramos necesario dejar sentado nuestro análisis de lo que efectivamente refleja este índice y por qué consideramos que no hay nada para festejar.

En primer lugar, es importante volver a aclarar —tal como lo hemos señalado en reiteradas oportunidades— que las cifras difundidas por el presidente de la nación no son correctas. Son exageraciones que desprestigian la labor realizada por quienes trabajamos en el instituto. No se puede hablar de una salida de 15 millones de personas de la pobreza. La EPH representa un universo de aproximadamente 30 millones de personas, por lo cual una caída de esa magnitud debería haber sido de aproximadamente un 50%, algo que de ningún modo sucedió.

Ahora bien, la pregunta central que surge es cómo puede registrarse una disminución de la pobreza - sea cual sea su magnitud- en el marco de un feroz ajuste a las jubilaciones, al sector de discapacidad y a la mayor parte de los trabajadores registrados. Como primera cuestión para interpretar este fenómeno, hay que ubicarlo correctamente en su dimensión temporal: se trata de una medición correspondiente al segundo semestre de 2025, es decir, al período en el cual el gobierno ganó las elecciones. previo a la actual aceleración inflacionaria y al deterioro más reciente del mercado de trabajo. En este sentido, los datos capturan una dinámica que difícilmente pueda proyectarse hacia adelante.

El seguimiento de la evolución del índice de salarios y del aumento de la AUH explican en gran parte la caída de la pobreza contabilizada por el INDEC, pero también muestran la otra cara de la moneda. ¿Qué sucede a nivel de los salarios? Los salarios registrados vienen perdiendo frente a la inflación, con una caída particularmente pronunciada en el sector público, sin llegar a caer en la pobreza. Por otro lado, entre los asalariados informales se viene registrando una recuperación del valor del ingreso horario. Si bien este crecimiento no resulta suficiente para equiparar los ingresos del empleo formal, sí contribuye a que una parte de estos trabajadores supere transitoriamente la línea de pobreza. Aun así, la brecha continúa siendo muy significativa: un trabajador informal gana aproximadamente un 50% de lo que gana uno formal.

A esta dinámica se suma el aumento real de la AUH y otras transferencias sociales que, en conjunto, llevan a que una franja de la población salga de la pobreza, sin experimentar mejoras estructurales en sus condiciones de vida.

Hay que ser precavidos también, ya que la devaluación del 108% aplicada en diciembre de 2023 generó un shock inflacionario que, en los meses subsiguientes, pudo haber llevado a muchos hogares a recurrir al uso de ahorros o al endeudamiento para sostener su nivel de consumo. Las obligaciones financieras derivadas de ese endeudamiento, intereses y cuotas de préstamos constituyen un gasto real que no se contempla dentro de la Canasta de pobreza, por lo que su impacto sobre el presupuesto familiar queda invisibilizado para la medición de la pobreza. Este fenómeno encuentra correlato en los indicadores de irregularidad crediticia del sistema financiero: el aumento en las tasas de mora da cuenta de hogares que no lograron sostener esos compromisos.

La medición monetaria de la pobreza tampoco incorpora las transferencias no monetarias que los hogares reciben y que contribuyen a sostener su nivel de bienestar. El acceso a bolsones alimentarios, medicamentos gratuitos u otros tipos de prestaciones provenientes de programas sociales representa una mejora real en las condiciones de vida que no se traduce en ingresos registrables. Esto implica que, en contextos de ajuste fiscal con reducción de estas transferencias, el deterioro del bienestar puede ser más pronunciado de lo que sugiere la evolución del ingreso monetario. El deterioro de las obras sociales -en particular en el PAMI- debido a la reducción en la cobertura, el recorte en el financiamiento de medicamentos y la caída en la calidad de las prestaciones representan un empeoramiento concreto del bienestar de los hogares, especialmente de los adultos mayores.

Por estas razones, planteamos que es necesario analizar las cifras con cautela. No puede hablarse de una mejora sólida ni sostenible; por el contrario, se inscribe en un marco de creciente precarización de las condiciones laborales, expansión del pluriempleo, aumento del endeudamiento de los hogares y deterioro de la desocupación. Resulta imprescindible, por lo tanto, poner paños fríos a estas cifras y analizarlas por fuera de lecturas oficiales simplificadoras, para dimensionar con mayor precisión la gravedad de la situación.

Una caída estable de la pobreza sólo puede garantizarse mediante la generación de empleo de calidad, con salarios dignos, estabilidad laboral y acceso a la formalidad. Todo lo contrario de lo que impulsa este gobierno.